



**Pregón de la Semana Santa**  
**Cartagena 2011**

**CARLOS AMIGO VALLEJO**

Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla



Carlos Amigo Vallejo

Pregón de la Semana Santa  
Cartagena, 2011

Publicación patrocinada por  
Caja Mediterráneo

© D. Carlos Amigo Vallejo

Editan:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena  
Caja de Ahorros del Mediterráneo

Imprime:



Dep. Legal:

MU - 520 - 2011





Pregón de la Semana Santa de Cartagena  
pronunciado por D. Carlos Amigo Vallejo,  
Cardenal Arzobispo Emérito de Sevilla  
el Viernes de Dolores, día 15 de Abril de 2011,  
festividad de la Patrona de la Ciudad,  
en el Nuevo Teatro Circo.

Santa y animada conversación era la que tenían aquellos dos hombres de bien. El uno decía, con indisimulado orgullo, que era *marrajo*. El otro exhibía, con gozosa complacencia, el título de *californio*. Caminaban entre la Plaza de San Ginés y la de San Francisco. Perdón, entre el Jerusalén y el Emaús cartaginense, cuando sale a su encuentro un nuevo caminante, al que cuentan y recuentan, cada uno a su modo, las maravillas de la Semana Santa de Cartagena. De su colorido y de sus flores y de sus adornos, de las cofradías y de los grupos e imágenes, de la belleza para los ojos y de unos sentimientos increíblemente profundos en el corazón.

Pero el uno y el otro, *marrajo* y *californio*, también iban diciendo que, en medio de tanta luz, había grandes tinieblas, el hambre y el desempleo, que la violencia y la agresividad si habían adueñado de los pensamientos y de las manos de algunas gentes, que la indiferencia y el relativismo robaban el alma y ya no se consideraba nada fijo y seguro, que el miedo y la sospecha ante el futuro creaban situación de inseguridad, que la debilidad de la fe hacía vacilar a muchas personas en sus creencias, que la falta de la práctica religiosa iba haciendo olvidar los grandes misterios de la fe cristiana...

Después de escuchar relatos de temores, dudas e incertidumbre, el Caminante -que puede llamarse cofrade del Socorro, de la Misericordia, de Medinaceli, de Jesús Nazareno... - les recuerda las Escrituras, de cómo Dios envió a su hijo Jesucristo, que fue admirable en obras y en palabras, que lo llevaron a la cruz y le dieron muerte, pero que al tercer día resucitó de entre los muertos.

Al marrajo y al californio se les fueron abriendo los ojos y el corazón saltaba de alegría. ¡Habían comprendido lo que era la Semana Santa! Y así querían que fueran estos benditos días en su tan querida ciudad: Cartagena.

### *Una deuda pendiente*

Estaba en deuda con Cartagena. En varias ocasiones quisieron invitarme a pronunciar el pregón de esta singular y hermosa celebración de la Semana Santa. Por unas y otras razones, tuve que declinar tan grata propuesta.

Estaba en deuda con Cartagena, pues durante muchos años, no solamente he ocupado como obispo la sede de San Isidoro, sino que he tenido como maestros a Leandro, que fue trabajador incansable por la unidad cristiana. Isidoro, que enseñó a unir la doctrina y las letras con la vida, pues de lo contrario todo es teoría, arrogancia y presunción. Pero también, que si esa vida no se hace Evangelio y catequesis, se vuelve poco menos que vacía y sin sentido. De Florentina y de Fulgencio aprendí que la verdadera nobleza consiste en ser fiel a Dios y a las personas a las que se debe servir. En fin, que debía muchos favores a esta familia y con todas las familias de Cartagena.



Estaba en deuda con Santiago apóstol, junto a cuyo sepulcro, en Compostela, se ha ido formando mi vocación primera. Y Cartagena era, en el barrio de Santa Lucía, el puerto al que arriba y el camino por el que se iniciara la fe cristiana que hoy profesamos.

Estaba en deuda con mis propios sentimientos, que en una mañana de Sevilla, y en exposición cofrade, me encontré con un hermano de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, y con otro hermano de la Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Doloroso Paso del Prendimiento y Esperanza de la Salvación de las Almas. Vamos, con un marrajo y con un californio. Pero no me atrevía a llamarles así, marrajo y californio, pues me parecía tratarse de apodos y sobrenombres. Después resultaba que cada vez que pronunciaba esos títulos, se les encendía el rostro y sonreían, pues les llamaba por su propio y más querido nombre. Uno era *morado*; el otro, *rojo*. Los unos se ocupaban de la procesión del Lunes Santo, el Viernes Santo, en la madrugada y en la noche del Sábado Santo, con las procesiones de la Piedad, el Encuentro, el Santo Entierro y la Veracruz. Los otros tenían sus procesiones el Viernes de Dolores por la noche, el Domingo de Ramos, el Martes Santo, el Miércoles Santo y el Jueves Santo, con las profesiones del Cristo de la Misericordia, la Entrada de Jesús en Jerusalén, el Traslado de los Apóstoles, el Prendimiento y el Silencio.

Me dijeron que había también otras dos cofradías, una antigua y una nueva: la Ilustre Cofradía del Santísimo Cristo del Socorro, que procesionaba en un Viacrucis, en la madrugada del Viernes de Dolores, que estaba considerado como uno de los primeros

que se celebraban en la Semana Santa española. Y la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, la más joven y la que anuncia el gran misterio del Domingo de Resurrección.

Ya lo ven ustedes: por unas y otras razones estaba en deuda con Cartagena.

### *Celebrar y vivir la Semana Santa*

¿Cómo quieres que celebremos la Semana Santa en Cartagena? Le hemos preguntado a un hermano de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, a otro del Santísimo Cristo del Socorro, a otro de nuestro Padre Jesús del Prendimiento y a otro del Señor Resucitado. También lo mismo podíamos hacer con otros personajes: a los Zebedeos, que fueron elegidos por el Señor, y tan hermosa representación tienen en la procesión de la Entrada de Jesús en Jerusalén. Le llamaríamos a la Samaritana, para que nos hablara de su conversión, del encuentro con Jesucristo, del agua viva para una insaciable sed de Dios. Les preguntaríamos a los discípulos de Emaús y la Aparición de Jesús ante ellos, y que nos dijeran el porqué se encendía su corazón y se abrían los ojos al escuchar las Escrituras.

Que nos dijera Santo Tomas qué es lo que se había estremecido al aparecérselo Cristo y le invitara a meter dedos y manos en las heridas gloriosas del cuerpo del Señor. Queremos oír a María Magdalena, la mujer llena de amor, que recibió el premio de estar entre las que primero anunciaran la resurrección del Señor. Que nos muestre la mujer Verónica, y el grupo de personas que la acompañan, las señales y perfiles del rostro de Cristo, el más

bello entre los hijos de los hombres, y que casi ni aspecto de hombre tenía. Nos acercáramos a Judas, para que nos dijera qué había sentido en ese ósculo a Jesús que, al mismo tiempo que se llenaban de mieles los labios al ponerlos en la cara del santísimo Jesús, el corazón se ahogaba de de amarguras por la infidelidad y el pecado. Le podíamos preguntar a las Santas Mujeres, las que acompañan a Cristo y a su lado se ponen. Las que saben de fidelidad y de sufrimiento, las que llevan en silencio y ponen cara de alegrías para que no sufran aquellas personas a las que quieren.

Pero ha de ser mejor, porque más autoridad tienen, llegarnos hasta los santos apóstoles. Es que a ellos se les apareciera en el lago de Tiberíades. San Juan Evangelista nos hablará de cómo el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Discípulo predilecto de Jesús, del Santo Amor, que nos diga cómo se vive el privilegio de poder descansar sobre el corazón del mismo Cristo.

Pero, como San Pedro, aparte de ser el principal de entre los apóstoles, tiene un especial puesto de importancia, a pesar de estar sujeto a disciplina, y que necesita para levantársela la intervención y anuencia del mismísimo Almirante de la Armada, será bien preguntarle por su arrepentimiento, y sus palabras tan sinceras: ¡Señor, tú lo sabes todo, y sabes que te quiero!

A propósito de San Pedro, les recomiendo un hermoso poema de Manuel Benítez Carrasco, en el que hace referencia a una fiesta que hubo en el cielo: “San Pedro sintió que un aire como un diablillo gitano se le metió por las venas y se le subía a los labios. Y sin poder contenerse, y sin poder remediarlo, se echó pa'lante, flamenco, con una caña en la mano; se echó el vinillo a la boca, lo paladeó un buen rato, carraspeó pa evitar que le saliera algún

gallo (que no sé por qué San Pedro le teme tanto a los gallos), y entonándose primero con un jipío bien largo, puso el cielo al rojo vivo con los tercios de un fandango...”

En fin, que es el príncipe de los apóstoles, y el primado de San Pedro es garantía, roca y firmeza para nuestra fe.

Con un deseo tan reverente como sincero, le vamos a preguntar a nuestra Madre, a la Santísima Virgen María. Nadie como ella conocía a su hijo. Ningún hijo ha sabido mejor de lo que es el amor de su madre. ¿Qué palabras se cruzarían entre Jesús y su Madre, en el momento de la despedida de Jesús a la Santísima Virgen María? Podemos estar bien seguros de que la madre le pediría una gracia a su hijo: la de poder padecer y morir juntos. El sufrimiento y el padecer le serían otorgados y con gran abundancia, pero la muerte de su hijo era precisamente el pago de la redención para aquella que, desde el primer instante de su concepción, había de ser limpia de todo pecado. Cristo llevó las espinas para que su madre pudiera llevar las flores de las más grandes alabanzas de generaciones enteras.

María se puso a los pies de la cruz de su Hijo, y a la de tantos y tantos otros que son rescatados con el amor de Jesucristo. El amor no tiene precio. Y así María es la Santísima, Virgen de la Piedad, la Virgen de la Esperanza, la Virgen Dolorosa, la Virgen del Amor Hermoso, la Virgen de la Soledad, la Virgen de la Soledad de los Pobres, la Virgen del Rosario, la Virgen del Primer Dolor, es Madre de Misericordia que acompaña siempre a sus hijos, como intercesora y modelo de fidelidad a Cristo.

Pero, nos queda por preguntar al testigo fiel, al que es la Verdad, a Jesucristo: ¿Cómo quieres que celebremos esta pascua?

Y Cristo nos puede responder: ¿No habéis oído hablar del Cristo de los Mineros? Estos son los hombres que se meten en las entrañas de la tierra para sacar de ella lo que puede haber de más valioso. Pues busca, en lo más hondo tu vida y examina lo que puedes encontrar de los sentimientos más limpios, del arrepentimiento del corazón, de la caridad fraterna, de todo aquello que Dios ha puesto en las esencias de tu vida como hombre y como cristiano.

¿No has oído hablar del Cristo de la Flagelación? Solamente sabiendo llevar sobre las espaldas la fatiga y el trabajo de cada día, para ayudar a la propia familia y sabiendo repartir un poco del salario con aquellos que nada reciben, porque trabajo no tienen, es como se puede uno acercar al Señor, un Cristo Yacente, pero que llenará de esperanza.

Quiero, nos dirá Jesucristo, que al contemplar las imágenes del Bautismo de Jesús, la Condena de Jesús, la Coronación de Espinas y el Descendimiento de la Cruz, pienses en la sublime grandeza de misterios tan admirables.

El Bautismo. ¿Por qué me llevaste a bautizar? Puede preguntarte tu hijo. No pediste mi consentimiento ni me diste opción a elegir. ¿Por qué te lleve a bautizar? ¡Porque te quería! Y desde el primer momento de tu vida quise darte aquello de más valioso que había en la fe de tus padres. El amor es siempre la mejor de las razones. Por eso, el ser leal a las promesas bautismales es la garantía auténtica del de ser cristiano.

Cristo es el santo, pero lo hemos tratado como delincuente y culpable. La Condena de Jesús. ¿Qué es lo que nos condena y

no nos deja vivir y qué es aquello que nos salva y nos llena de gozo? Condena el egoísmo, los odios y las venganzas, los resentimientos y las envidias, el orgullo y la prepotencia, las guerras y la violencia. En cambio, lo que libera es el perdón, la misericordia, la paz, la convivencia pacífica y fraterna, la confianza en Dios y en su hijo Jesucristo.

Sembrar espinas y querer recoger buen trigo, no es razón, diría San Juan de Ávila. Nosotros hemos sido los sembradores de espinas y Cristo recogió tan dolorosa cosecha y trenzó con ella la corona de un inmenso amor a sus hijos. Cristo llevó las espinas para que nosotros recibiéramos las bendiciones.

Escena llena de ternura fue la del Descendimiento. Primero sería el hombro de José de Arimatea el que recibiera el cuerpo muerto de Jesús. Después, más que los brazos, el corazón de María, en el que su hijo siempre estaría vivo.

¿Cómo quieres, Señor, que celebremos esta Semana Santa? Quiero que Cartagena entera, con todos sus hombres y mujeres, sea como un Ecce Homo, un ejemplo en el que se puedan mirar propios y visitantes, y que en este pueblo, en esta ciudad de Cartagena, se vea la presencia viva de Jesucristo muerto por nuestros pecados y resucitado para que recibiéramos la salvación.

Quiero que el Sermón de la Montaña sea el código del amor de Dios para la felicidad de sus hijos, como hoja de ruta y manual de comportamiento de todos aquellos que quieren ser auténticos discípulos de Jesucristo. Bienaventurados, felices los pobres, los humildes y los sencillos, los que trabajan por la paz y la justicia,

los que saben llorar con el que llora y hacer fiesta con el que ha recibido alegría.

Quiero que hagáis conmigo la Entrada de Jesús en Jerusalén. Que oigáis los vivos y los hosanna, que contempléis el moverse de los ramos y cómo se ponen mantos y vestidos en la tierra para que sobre ellos caminen los pies santos de Cristo. Quiero que aprendáis muy bien, que solamente el que es capaz de vivir en la modestia del Evangelio y subido en el más digno de los pedestales, el de la humildad, es el que puede entrar verdaderamente en la Jerusalén celeste.

Después vendrá el Expolio de Jesús. ¡Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado! Si soy tan pobre tan pobre que solamente te tengo a ti. En ti confío y me abandono. No son una queja las palabras de Jesucristo sino la oración más confiada del hijo a su padre: en tus manos me abandono, pues sé muy bien que tú me has tomado de tu cuenta.

En esta Semana Santa, dice Jesús, quiero estar en la casa de Lázaro, con los niños (Jesús con los niños), en el Camino de Jerusalén. Es decir con todos los hombres y mujeres del mundo, pero particularmente con los más indefensos, con los más excluidos, con los más pobres, con los más débiles.

*Algo más que sentimientos*

¿Y por que todo este derroche de luz y de tan hermosos brillos?  
¿Y cuál es la razón de este perfecto ordenamiento, este sobrecogedor

silencio, y estas flores que se desbordan en perfumes de recuerdos inolvidables? ¿Y por qué estas hermosas imágenes, y los pasos llevados con una armonía que solamente puede explicar el sentimiento noble de quienes los llevan? ¿Y por qué una ciudad convertida y transformada en una Jerusalén gloriosa? Es que todo en Cartagena y durante la Semana Santa, es un maravilloso y encendido pregón de la pascua que se avecina y que celebraremos unidos al Resucitado.

¿De dónde viene toda esta maravillosa transformación? ¿En qué tierra están hundidas raíces tan vivas y qué fuentes riegan tan maravillosa representación? ¿Se trata de una cultura milenaria que se expresa en unos signos religiosos? La Semana Santa no es simplemente un recuerdo de algo pasado, sino de una fe que permanece. Pero los misterios más hondos de la fe cristiana son para vivir, y cada cual los recuerda, que es tanto como volverlos a pasar por el corazón, dentro de la propia cultura, siendo fiel a la realidad de un Evangelio común y único para todos. Cada uno, cada pueblo, lo canta y viste con sus músicas y sus trajes, pero siempre es el Evangelio el que se vive y representa.

Allí está Jerusalén y Corinto y Alejandría y Roma... Y, al fondo del Mediterráneo, ¡Cartagena! Una ciudad milenaria que sabe de tránsitos y cambios no pocos. Pero que ha querido permanecer fiel a lo que son sus raíces y esencias. Y entre los valores y virtudes de esta ciudad, que cuenta su historia por siglos, una religiosidad que no es sino la expresión de la fe que desde tiempos apostólicos llegara a estas tierras.

Raíces y fundamentos muy profundos son los que tiene la religiosidad popular. Primero, como es de razón, la fe. La aceptación



de Jesucristo como el hijo del Dios vivo, fuente y cumbre de nuestra fe, palabra viva de Dios.

Junto a esa fe, la religiosidad popular tiene un manantial inextinguible del agua más pura y siempre necesitada. El amor a la familia. No se concibe una Semana Santa en Cartagena sin el recuerdo de los que se fueron para siempre o de los que viven lejos. Cada rincón por donde discurren las cofradías de la Semana Santa está hablando de momentos inolvidables, que se vivieron y se viven junto a las personas a las que uno más quiere. Aquí me traía mi padre, a la Lonja del Pecado, para ver, en la plaza de la Merced, el Encuentro. En este lugar de la calle del Aire, la Iglesia de Santa María de Gracia, me decía mi madre que había que estar en silencio para que se oyeran los suspiros de Cristo en el tintinear de los cristales sobre las tulipas de los tronos. Y estos no son simples recuerdos, llenos de nostalgia, de lo que fuera y ya no es, sino de una vida que permanece. Solamente con quedarte un momento en silencio, te parecerá sentir que la mano de los tuyos te está apretando el brazo y sientes al calor de su presencia. La Semana Santa hace valorar, en muchos quilates de amor sincero, lo que vale y significa la familia. La Semana Santa es como una nueva y Santa Cena en la que toda la familia reunida comparte el pan de la fe que de los propios padres se ha recibido.

### *Una Semana llena de luz*

La Semana Santa no es un simple recuerdo de unos acontecimientos que sucedieron hace muchos años. Es actualidad, presencia, vida que permanece en la gracia y el favor que Dios nos da por los méritos redentores de Jesucristo.

En la Semana Santa de Cartagena todo es luz. Pero no se encendió la lámpara para ponerla debajo del celémín, sino para llevarla por las calles y ofrecer a todos, sin imponérselo a nadie, lo que sentimos y lo que queremos decir con hermosas imágenes; lo que llevamos dentro, lo que es nuestra vida, lo que esperamos y queremos vivir sinceramente. Sabemos de nuestra debilidad y de nuestros pecados, pero ello no nos hace desistir de hablar de Cristo y decirlo en formas diferentes, pero siempre confiados en su perdón y en su misericordia.

No se puede caer en ese extraño Prendimiento que secuestra la libertad de poner los signos de la propia fe allí donde se vive. Cada uno ofrece lo que tiene, sin imponer y obligar. Jesús fue llevado a los tribunales y le hicieron Juicio. No encontraron delito alguno por el que pudieran condenarlo. ¿Por qué ha de molestar el brillo de la paz que predica la cruz?

La Sentencia de Jesús se sabía de antemano. El prejuicio, la desinformación, el oculto resentimiento, la imposibilidad de aceptar el bien, lleva a la injusticia. De tanto repetir y repetir, de tanto ridiculizar y mofarse, de tanto acoso y poner en solfa todo cuanto se refiere a la religión, al catolicismo, se llega incluso a dictar leyes injustas sobre el derecho de nacer y de morir con dignidad, aduciendo una inexistente necesidad social.

### *Actualidad y futuro*

Unos días antes de los acontecimientos de la pasión, tuvo lugar la Unción de Betania. Aquella mujer, a la vista de todos, se acerca

a Jesucristo y deja perfumes y besos en sus pies. No se puede hacer una extraña distinción entre lo privado y lo público. Lo íntimo y privado es lo que cada cual, y muy libremente, se elige. Pero si lo tuyo es seguir a Jesucristo, el camino del Evangelio, las obras y las palabras, el comportamiento interior y el explícito y público, no pueden separarse. Lo privado es el poder elegir. Lo público es ser coherente con aquello que se ha elegido.

La vida cristiana se resiste al disimulo y al ocultamiento en público. No se trata de presumir, sino de aparecer como lo que uno es. Hemos de ser muy comprensibles con la debilidad humana, pero no olvidarse nunca de la fuerza de la gracia que Dios nos da. Se pueden contemplar esas bellas imágenes de la Oración del Huerto y ver sudores de sangre, y oír cómo se pide que se aleje el Cáliz del sufrimiento que puede suponer el tener que defender continuamente la condición de cristiano. El huerto de este mundo, para el cristiano, es casa permanente de oración y de suplica Señor.

Las Cofradías de la Semana Santa de Cartagena viven en permanentemente tensión: la de querer ser fieles a las mejores tradiciones, y la necesaria innovación que exige la misma vida cristiana. ¿Cómo será el futuro de la Semana Santa de Cartagena? ¿Cómo vivirán las cofradías de Marrajos, Californios, Socorro y Resucitado en los tiempos venideros? Se pueden hacer prospectivas y juego de adivinaciones. Pero hay algo incontrastable. Serán fieles a la doctrina del Evangelio sobre la vida pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, o simplemente no serán cofradías, ni de la Iglesia Católica, ni de Cartagena. Pues la fe cristiana y la cultura de Cartagena son inseparables en la celebración de la Semana Santa.

Vivir de esta manera no es fácil, puedes decir. Pero hay un secreto: el de la Lanzada. El soldado abre el pecho de Jesucristo. De esa herida sale el agua y la sangre. Déjate lavar por el amor de Cristo, acepta la sangre redentora del Salvador para el perdón de los pecados. Y, después, aprovecha esa puerta abierta en el costado de Cristo y llega hasta su corazón, y quédate allí, y míralo todo como desde el corazón de Cristo se ve la humanidad entera. Piensa con los pensamientos de Cristo, habla con palabras de Cristo, vive con la misma vida de Cristo.

Te has puesto en camino, con la mayor ilusión del mundo. Y enseguida la Primera Caída. Mil veces prometemos y otras tantas volvemos a caer. No pienses que es imposible el caminar hacia unos objetivos tan admirables, sino en que lo has de hacer entre las debilidades que ponemos los hombres y los consuelos que no han de faltar por parte de Dios.

¿Por qué ponerle el calificativo de Santa a lo que es Agonía? El amor todo lo puede, el amor todo lo transforma, el amor no tiene medida, al amor no se le puede poner precio ¡cuánto sacrificio, cuanta entrega, cuántas agonías, para poder sacar adelante a tu familia! Sin embargo, nada más gozoso, ningún deseo más acariciado que el de poder llevar felicidad a las personas a las que quieres. Santa agonía es esta: la de un amor tan grande e inextinguible.

¡Cuánto he deseado vivir con vosotros esta Semana Santa! Esta expresión la has repetido muchas veces a lo largo de tu vida. Siempre se desea revivir la Semana Santa con los que aquí están y el reencontrarse con ella de nuevo con los que viven lejos. Es que la Semana Santa de Cartagena, igual que todas las semanas

santas, es como esa Santa Cena, en la que juntos nos sentamos a la mesa para celebrar lo más grande que hemos recibido: el amor de Dios y el amor a nuestra familia.

### *Una semana llena de luz y de belleza*

Las túnicas están preparadas. A la medida de cada uno. Pues este camino del seguimiento de Cristo es también el itinerario de cada hombre. Es la *vía hominis*. Aceptar la condición de peregrino por este mundo, teniendo muy en cuenta lo que Benedicto XVI dijo en Santiago de Compostela: Peregrinar significa salir de uno mismo para ir al encuentro de Dios. "La búsqueda honesta de la verdad, la aspiración a ella, es la condición para una auténtica libertad. No se puede vivir una sin otra" (*Visita a la Catedral, 6-11-2010*).

Caminamos así, unidos en "el travesaño". Pero, lo que de verdad nos ata y seduce, no es tanto la madera, sino la imagen que se lleva sobre los hombros. Y esa imagen es la de Cristo, la de la Virgen, la de los santos. Pero es también tu propia imagen, la que tienes que llevar de una forma corresponsable, solidaria con tus hermanos.

Estáis revestidos de Cristo. Esa túnica lo significa. Una túnica que no solamente se lleva en lo externo, sino que es revestimiento interior que un día ha de convertirse en Santo Sudario de Cristo, en paño santo y mortaja, que será como prenda, de una vida revestida de Cristo, que ofrecer al juez misericordioso.

Este camino del hombre, *vía hominis*, es también *vía crucis*. ¡Cuántas son las cruces que han de llevarse en esta vida! Unas

son conocidas. Otras, las más duras y pesadas, son las que posiblemente nadie sabe: el desamor de las personas a las que uno quiere, la desafección de la familia, la infidelidad, el olvido de los propios padres. ¡Cuántos huérfanos hay de padres vivos! ¡Cuántos padres hay que han perdido a sus hijos porque se los ha robado la droga, la falta de trabajo, el olvido de la fe!

Santo Cáliz. Será santo Señor, pero al fin y al cabo es un cáliz lleno de amargura. Nos habíamos acercado a la Cruz porque nos dijeron que en ella estaba la salvación, y nos hemos encontrado con el madero, el peso y el sufrimiento. No hemos comprendido el dolor de los inocentes, ni la enfermedad, ni la muerte. Es que en el amor no se trata de comprender, sino de vivir. Si pones amor, comprensión y deseo de ayudar, el cáliz seguirá siendo cáliz, pero el amor de la sangre de Cristo hará que se transforme en dulzura: la de poder aliviar el dolor de los demás.

Reconocido y hermoso es por demás todo el exorno floral que exhiben los pasos de la Semana Santa de Cartagena. No lo olvidéis nunca: esas flores, de tanto colorido y hermosura, de un perfume distinto e incomparable, son las que han nacido de la ramas con las que se trenzaron la corona de espinas que hubo de llevar Cristo. Esta es la *vía pulchritudinis*, el camino de la belleza. “Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo” (*Benedicto XVI, Barcelona, 7-11-2010*).

Cartagena: una Semana Santa llena de luz. Parece poco menos que un eslogan de reclamo turístico. Pero así es la celebración de

la Semana Santa: llena de luz, *vía lucis*. Una luz que llena e corazón de alegría. La luz no sirve únicamente para ver el rostro de las imágenes, sino para poner esas caras benditas dentro de la propia vida y esto lleva a la alegría. No porque las cosas le vayan a uno bien o mal, sino porque el Señor ha estado grande con nosotros y por eso estamos contentos. Y la mayor grandeza de Dios es que entregó a su propio hijo en rescate por nuestros pecados. Es la luz de la misericordia.

Tú eres Señor la causa de nuestra alegría. Nos has tomado de la mano y hemos sentido que ya es la tuya la que nos conduce y protege. Tú eres lo mejor de nuestra raza, la alegría de nuestro pueblo. Así le decimos a la santísima Virgen María. La madre de nuestra Esperanza, la madre de nuestra Alegría. Siempre Santísima y Virgen. Madre de Dios y Madre de los hombres. Bendita entre todas las mujeres. La Madre que tiene su mejor altar en el mismo corazón de sus hijos y, por eso, y donde quiera que estén sus hijos de Cartagena, siempre llevarán con ellos a su Señora la Virgen de la Caridad.

*¿Qué habéis venido a ver en Cartagena?*

Se están abriendo las puertas de la Semana Santa en Cartagena. Y tenemos que hacer una advertencia, a propios y extraños, para que puedan comprender todo el profundo y hermoso contenido de la celebración que se avecina. Por obra y gracia del Espíritu de Dios, la Semana Santa de Cartagena puede ser como signo sacramental, en el que los hombres y las mujeres, al ver tan maravillosas representaciones, sientan y comprendan que el misterio del amor de Dios vive en ellos. Así es la Semana Santa de

Cartagena: como un auto sacramental lleno de signos, hermosos y apreciados, que ayudan a trascender y llegar a un infinito amor que los sentidos no pueden ver.

Ayer y hoy, Cartagena se llena de gentes venidas de un sitio y de otro. Acuden atraídas por la historia de una milenaria y pujante ciudad y por la llamada de unas celebraciones ciertamente espléndidas, donde todo es colorido, música, belleza, sentimientos y arte, formando una exquisita armonía entre lo sensible y lo trascendente.

Nadie puede encontrar a Dios si Dios no sale al encuentro. Han venido hasta Cartagena porque el Señor les ha traído de la mano. No se trata solo de buscar a Dios, sino de dejarse encontrar por Él. Y Dios se hará el encontradizo. Lo van a ver reflejado en bellas imágenes, en músicas armoniosas, en una luz radiante, en esos tronos de inusitada belleza. Pero, sobre, todo van a reconocer a Dios en el corazón de tantos y tantos hombres y mujeres de Cartagena que desde niños oyeron decir, contemplando tan emotivos pasos, que allí estaba el Señor y su Madre bendita la santísima Virgen María. Lo habían aprendido de sus padres, se lo contaron a sus hijos, y están seguros que generación tras generación, la Semana Santa de Cartagena será siempre un himno emocionante, sentido, lleno de fidelidad y gratitud al que es el Redentor de los hombres.

Al final, Cristo. Siempre Cristo. El Señor Cautivo, Jesús de Medinaceli, que si tiene las manos atadas es señal y anticipo de que el amor romperá todos los cordeles y ataduras para que los hombres puedan ser libres, con la libertad de los hijos de Dios.



Será nuestro Padre Jesús Resucitado, el que ha vencido a la muerte, el que asegura la felicidad a todos aquellos que siguen con él su camino de pasión. Será el Santísimo Cristo del Socorro, el que siempre está atento a la súplica de sus hijos, el que sabe de tantos peligros y que tiene en la mano ese salvavidas del amor, capaz de socorrer al hombre ante cualquier marea y tormenta, por más fuerte que sea.

Es el Santísimo Cristo de la Misericordia, para el que no hay barrera alguna que no pueda vencer con el amor de un corazón encendido y entregado a todos aquellos que sinceramente arrepentidos suplican, como el Ladrón del Calvario: ¡Señor acuérdate de mí!

Es Cristo, el que se contempla en el Santo Entierro. Pero esta muerte será para la vida. Y mientras acompañamos a Cristo en este entierro santo, le vamos diciendo: ¿Señor, dónde quieres que enterremos tu cuerpo? Y el Señor nos dirá, como el mejor y más grande deseo de un padre a sus hijos: No os preocupéis tanto por dónde habéis de dejar mi cuerpo, porque yo lo que quiero es continuar siempre vivo en el corazón de aquellos a los que quiero. El mejor sepulcro para un padre, para una madre, será siempre el que se ponga en el corazón de sus hijos.

*Estaba en deuda...*

Estaba en deuda con Cartagena. Por reconocimiento a tantas invitaciones para estar a vuestro lado en estos días de pasión. Porque me he sentido embelesado por el ejemplo y confortado por

la intercesión de Leandro, Isidoro, Florentina y Fulgencio, los santos que Cartagena regaló a la Iglesia.

Estaban en deuda con aquellos hermanos de la cofradía de los Marrajos y de los Californios, del Socorro y de del Señor Resucitado, que en una exposición cofrade en Sevilla, me hablaron con entusiasmo tan grande de la Semana Santa de Cartagena, que no dejaba de contar los días en que pudiera admirar todo aquello de lo que estos cofrades me hablaban.

Ahora, después de este pregón, la deuda no sólo no se ha pagado sino que es más grande. Pues al conocer más de cerca la Semana Santa de Cartagena, y toda la hondura de auténticos sentimientos, valores grandes, devoción cristiana y piedad sincera, se ha enriquecido, no sólo mi conocimiento del misterio de Cristo, sino el firme convencimiento de que el camino del hombre pasa obligatoriamente por las realidades de este mundo, con cruces, espinas, caídas y muerte, pero llenándolo todo de la luz de la fe.

Venimos a lo primero... Estaban hablando un californio y un marrajo entre la Calle del Aire y el barrio de Santa Lucía. En esto llega Cristo y les dice: deseo celebrar con vosotros esta Pascua. Y Cartagena entera, en pie de fidelidad y de emoción, responde: ¡Señor haremos como tú lo dices!

“Regocíjate y alégrate, Iglesia de Dios, –dice San Leandro de Cartagena– gózate porque formas un solo cuerpo para Cristo. Ármate de fortaleza y llénate de júbilo. Tus aflicciones se han convertido en gozo. Tu traje de tristeza se cambiará por el de

alegría. Ya queda atrás tu esterilidad y pobreza. En un solo parto diste a Cristo innumerables pueblos. Grande es tu Esposo, por cuyo imperio eres gobernada. Él convierte en gozo tus sufrimientos y te devuelve a tus enemigos convertidos en amigos.

No llores ni te apenes, porque algunos de tus hijos se hayan separado de ti temporalmente. Ahora vuelven a tu seno gozosos y enriquecidos.

Fíate de tu cabeza, que es Cristo. Afíanzate en la fe. Se han cumplido las antiguas promesas. Sabes cuál es la dulzura de la caridad y el deleite de la unidad. No predicas sino la unión de las naciones. No aspiras más que a la unidad de los pueblos. No siembras más que semillas de paz y caridad. Alégrate en el Señor, porque no has sido defraudada en tus sentimientos. Pasados los hielos invernales y el rigor de las nieves, has dado a luz, como fruto delicioso, como suaves flores de primavera aquellos que concebiste entre gemidos y oraciones ininterrumpidas” (*Homilía en la clausura del III concilio de Toledo*).

Siguiendo estas palabras de San Leandro, también podemos decir: Alégrate, pues, Iglesia de Cartagena, porque llega tu Señor. Salta de gozo, porque te has revestido de Cristo con túnica de penitencia. Llénate de satisfacción, Cartagena, porque la luz de tus pasos nos hace ver el rostro bendito de Dios hecho hombre. Regocíjate, Iglesia de Cartagena, porque la palabra de Dios va a resonar, en mil formas y maneras distintas, a través de todos y cada uno de los signos que estos días se van a contemplar por las calles de esta ciudad. Alégrate Iglesia de Cartagena, porque se te llama a vivir la Pascua todos los días en la celebración de la Eucaristía. Goza en tu Señor, Iglesia

de Cartagena, porque quieres hacer de la caridad fraterna la señal inequívoca de tu identidad cristiana. Alégrate, Iglesia de Cartagena, porque los cristianos quieren dar testimonio público de su fe en Cristo el Señor resucitado.

Hemos ido buscando las razones y los motivos de esta espléndida celebración de la Semana Santa. Preguntábamos a los hombres y mujeres de Cartagena, a la tradición y a la cultura, a la familia y al pueblo. Pero ahora, igual que en aquella noche venturosa en la que los ángeles anunciaron el nacimiento del hijo de Dios y la gloria que llegaba a todos los hombres de buena voluntad, son esos mismos ángeles los que llegan para explicarnos la razón de misterios tan grandes que escapan nuestra misma inteligencia. Será el Ángel Confortador el que vendrá para poner alivios y bálsamos que cubran nuestras heridas y no deje que se infecten con el resentimiento, el odio o el deseo de venganza que puede llegar de haber sufrido por la injusticia.

Vendrá en nuestra ayuda el Ángel Anunciador, que nos abrirá los ojos al misterio. Será el Ángel de la Cruz Triunfante el que nos diga que la cruz es señal de victoria, de identificación con Cristo.

A la Vuelta del Calvario, ¡cuántos son los sentimientos y no pocas las lágrimas! Pero allí queda la Vera Cruz. Irán pasando los tiempos y las gentes, pero la cruz permanece. Es la señal, la bendita señal de que la salvación nos ha llegado por la Cruz.

Al final hemos querido hacer la última visita y acercarnos al lugar donde habíamos depositado el cuerpo bendito del Crucificado. ¡El Sepulcro vacío! Ha resucitado como nos lo había prometido.

Queríamos marcharnos. Ya no podemos. El Grupo de la Resurrección está llegando. Y nosotros nos unimos a tan gloriosa compañía, queriendo cantar con Cartagena ese maravilloso himno de toda una Semana que concluye con esa apoteósica melodía de la Resurrección de Cristo, que cantan al unísono, y con la mejor voz de su amor a Cartagena, los hermanos del Resucitado y los del Socorro, los Marrajos y los Californios.

A propósito, unas preguntas: ¿San Leandro era *marrajo*? ¿San Isidoro era *californio*? ¿San Fulgencio era del Socorro? ¿Santa Florentina pertenecía a la Cofradía del Resucitado? Leandro, Isidoro, Fulgencio y Florentina eran cartageneros. Lo suficiente para estar llenos de orgullo de la Semana Santa, de su fe, de su casa y de su tierra, ¡Cartagena!







**CAM**

**Caja Mediterráneo**